

sa venía á hacerles su visita. A todos sorprendió la verdad de la obra y el brillo de su colorido.

—¡ Ah! dijo Federico sonriéndose, esta es tu obra maestra. La mía está en el vestíbulo; pero muy presto ejecutaré otra.

—Todo lo sé, contestó Reinaldo, y te creo feliz. Permanece fiel á tu profesión, que, después de todo, proporciona más alegría doméstica que la mía.

Durante la comida, Federico estuvo sentado entre ambas Rosas, y frente á él estaba Maese Martin entre Conrado y Reinaldo.

Paumgartner llenó hasta el borde la copa de Federico y la vació á la salud de Maese Martin y de sus dignos obreros. La copa circuló por toda la mesa, y el anciano Spangenberg y todos los maestros brindaron alegremente por el tonelero, por su hija y por sus antiguos oficiales.



HAIMATOCARA.

DE HOFFMANN.

PRÓLOGO.

Las siguientes cartas me han sido comunicadas por mi amigo Adalberto de Chamisso, á su regreso de un viaje al rededor del mundo. Las he creído dignas de ser ofrecidas al público. Se verá en ellas cómo un acontecimiento insignificante en apariencia, puede inopinadamente romper los lazos de la más sólida amistad y acarrear terribles catástrofes.

E. T. A. Hoffmann.



HAIMATOCARA (1)

CARTA I.

A. S. E. el Capitán general y Gobernador
de la Nueva Gales del Sur.

Puerto Jackson, Junio 21 de 1818.

ACABA V. E. de agregar á mi amigo
Broughton, en calidad de natura-
lista, á la expedición que debe sa-
lir para O-Wahú. Tenía yo el más vivo de-
seo de volver á ver tal isla, donde no per-
manecí antes lo suficiente para completar
observaciones en sumo grado interesantes á
las ciencias naturales. Estamos acostum-

(1) Esta curiosísima producción, dada á conocer en Francia en 1844, apareció entre las «Obras póstumas» de Hoffmann, publicadas por su viuda en Alemania en 1839.

brados M. Broughton y yo á trabajar juntos y á transmitirnos los resultados de nuestras investigaciones: en consecuencia, solicito que se me permita acompañar á mi amigo M. Broughton en la expedición de O-Wahú.

Soy con el más profundo respeto, etc.

J. Menzies.

P. S. Uno mis deseos á los de mi amigo Menzies, y suplico á V. E. me le agregue en la expedición de O-Wahú. Solamente con la cooperación de tan fiel y afectuoso compañero podré justificar las esperanzas fundadas en mis labores.

A. Broughton.

CARTA II.

Respuesta del Gobernador:

Veo, señores, con positivo placer, que la ciencia estrecha los lazos de vuestra amistad. Tan noble alianza y unanimidad tan perfecta no pueden dejar de producir los

mejores frutos. Consiento, pues, de buena voluntad en que M. Menzies forme parte de la expedición de O-Wahú, aunque la tripulación de la "Deconverté" se halle más que completa, y haya poco lugar en el buque. Voy á dar inmediatamente al capitán Bligh las órdenes necesarias.

El Gobernador.

CARTA III.

Juan Menzies á Edmundo Johnstone, Londres.

A bordo de la "Decouverte," Julio 2 de 1818.

Tenéis razón, querido amigo: la última vez que os escribí, era yo presa de un ataque de *spleen*. La vida que llevaba en Puerto Jackson me fastidiaba mortalmente, y mis pensamientos con amargo pesar se dirigían á O-Wahú, delicioso paraíso que acababa yo de dejar. Mi sabio amigo Broughton era el único capaz de distraerme con sus encantadoras conversaciones, y de man-

tener mi amor á la historia natural; pero deseaba él, como yo, alejarse de Puerto Jackson, donde carecía de alimento nuestro ardor científico. Creo haberos ya advertido que se prometió á Teimotú, rey de O-Wahú, un hermoso navío que iba á ser construido y fletado en Puerto Jackson.

Luego que fué botado al agua, el capitán Bligh recibió orden de llevarle á O-Wahú, y de permanecer allí algún tiempo procurando acabar de conquistar en favor del gobierno británico la voluntad de Teimotú. ¡Cómo hacía palpar mi corazón la idea de contarme entre los expedicionarios, y cuánto me desesperé al saber que Broughthon iba á partir solo!

El buque "Decouverte," de porte mediano, apenas puede contener el suficiente número de oficiales y marineros. Me veía yo, pues, forzosamente detenido en Puerto Jackson; pero mi noble y sincero amigo me ha servido tan empeñosamente, que el Gobernador me agrega á la expedición. El lugar en que fecho esta carta os indicará que ha comenzado ya nuestro viaje. ¡Encantadora vida la que me aguarda! Ensanchan mi pecho la esperanza y el deseo cuando

pienso que cada día, hora tras hora, la naturaleza me abrirá sus tesoros; que podré apropiarme más de una maravilla ignorada; hacerme dueño de abundantes riquezas escapadas á las investigaciones de los demás naturalistas.

Os veo desde aquí sonreiros irónicamente con mi entusiasmo: os oigo exclamar: "Traerá en su bolsillo algún zoófito desconocido; pero si le pido razón de las costumbres extranjeras; si quiero obtener de él noticias descuidadas por los narradores de viajes, por toda respuesta me enseñará algún tapa-rabo y collares de coral; sus moscas, abejorros y mariposas le hacen olvidar á los hombres."

Bien sé que extrañáis que mis investigaciones tengan por único blanco á los insectos. Convengo en ello. La Omnipotencia ha mezclado tan completamente en mis facultades todas el gusto de la entomología, que esta inclinación es el signo característico de mi personalidad. Con todo; no me reprochéis que descuide á los hombres, á los parientes, á los amigos! Nunca mi pasión me arrastrará tan lejos como á cierto teniente coronel holandés cuya historia quiero refe-

riros á fin de desarmaros por completo cuando estéis en aptitud de compararme con tan feroz aficionado á la entomología.

Ese antiguo militar, con quien trabé conocimiento en Koenigsberg, no veía en el universo más que los insectos. Como miembro de la sociedad humana no tenía de notable sino su sórdida avaricia y la idea fija de que alguna vez sería envenenado con pan de avena. Todas las mañanas preparaba y cocía por sí mismo un panecillo, le llevaba consigo cuando iba á comer en la ciudad, y jamás quería probar de otro. Hé aquí una muestra de su avaricia: al pasearse conservaba los brazos apartados del cuerpo, á fin de que su raído uniforme no se gastara más con el roce. No tenía el viejo más pariente que un hermano menor domiciliado en Amsterdam, y que llevaba más de treinta años de no verle. Para verle de nuevo, el de Amsterdam se pone en camino á Koenigsberg y entra en el gabinete del viejo. Sentado ante una mesa éste, con la cabeza inclinada, examinaba por medio del microscopio un puntito negro sobre una hoja de papel. El hermano menor lanza un grito de júbilo y quiere abrazar al observa-

dor, quien sin apartar la vista del objeto que estudia, le hace señas con la mano para que no se le aproxime, y le impone silencio repitiendo: "Chist." ¿Qué te pasa? gritó el menor: tu hermano Jorge está en presencia tuya: de Amsterdam llega expresamente para ver una vez más en la tierra al que no ha visto hace treinta años." El viejo, siempre inmóvil, murmura de nuevo "Chist, chist; el animalito se muere." Advierte entonces el menor que el punto negro es un gusano que se agita en las convulsiones de la agonía. Respetando la pasión de su hermano, siéntase silenciosamente á su lado: pasa una hora sin que el naturalista se mueva ni se digne concederle una sola mirada. El viajero se levanta bruscamente, sale del cuarto soltando enérgicos juramentos holandeses, toma la posta y regresa á Amsterdam, sin que el viejo tenga conciencia de lo que acaba de pasar.

Ahora bien, Eduardo, interrogaos: si aparecierais repentinamente en mi camarote en los momentos de estar yo absorto en la contemplación de algún insecto curioso ¿no abandonaríais mi estudio para precipitarme en vuestros brazos?

No olvidéis, por otra parte, querido Johnstone, que la clase de los insectos es la que más misteriosas maravillas ofrece. Dejo á mi amigo Broughton consagrarse á las plantas y á los animales de un orden superior: en cuanto á mí, elijo domicilio en medio de esos dulces seres extraños y á menudo impenetrables, que constituyen una transición, una sutura entre las plantas y los animales. Pero basta ya, que no quiero importunaros más largo tiempo; y para apelar á vuestro flaco poético, os citaré la peregrina imagen de un escritor alemán: “Los insectos, con sus brillantes colores, son flores en libertad.”

Por lo demás ¿á qué justificar tan largamente mis inclinaciones? ¿Será para persuadirme yo mismo de que mi celo por la ciencia es lo único que me atrae á O-Wahú? ¿No será, más bien, para desviar ó engañar un presentimiento que me agita? Sí, Eduardo; imagino que me acerco á una aventura desconocida. En los momentos mismos en que escribo, tal presentimiento se apodera de mí con tanta fuerza, que me es imposible continuar. Vais á tenerme por soñador; pero ¿qué remedio? Leo en mi alma, en lúci;

dos caracteres, que debo hallar en O-Wahú la mayor de las felicidades ó la más inevitable de las desdichas.

Todo vuestro.

Juan Menzies.

CARTA IV.

Del mismo al mismo.

Hanararú, en O-Wahú, Diciembre 12 de 1818.

No soy un soñador. Hay presentimientos que no engañan. Soy, Eduardo, el hombre más afortunado de la tierra: estoy en el apogeo de la existencia. Pero ¿cómo hacerlos compartir mis transportes é inefables delicias? Voy á recogerme en mí mismo y á procurar referiros con calma lo que ha pasado.

No lejos de Hanararú, residencia del rey Teimotú, hay un bosque encantador á que ayer acudí á la hora del crepúsculo. Trataba de coger una mariposa, cuyo nombre no os importa saber, y que emprende su curso

vagabundo después de puesto el sol. El tiempo estaba en calma, y los perfumes de las plantas inspiraban voluptuosidad. Al penetrar en la espesura sentí no sé qué dulce inquietud: misteriosos calosfríos recorrían mi cuerpo: mi languidez se exhalaba en vagos suspiros. El lepidóptero nocturno por mí buscado trazaba en su vuelo círculos en rededor mío; pero mis paralizados brazos carecían de vigor para apresarle. De repente me sentí atraído como por diestra invisible á un bosquecillo cuyos rumores me parecían otras tantas palabras de amor. No bien entrado en él ¿qué es lo que veo? Sobre blandas plumas de pichón, la más linda y seductora de las insulares que nunca he visto: algunos de sus contornos indicaban que había nacido en estos lugares: poco se diferenciaba de sus compañeras en el color, la forma y hasta el conjunto. La alegría y la admiración casi me sofocaban: aproximéme á ella con precaución, pues parecía estar durmiendo: apoderéme de ella, en una palabra, y la llevé conmigo: el más bello tesoro de la isla era mío. La he denominado "Haimatocara:" la he puesto en un lindo retrete con tapiz de papel dorado: le formé

un lecho con las mismas plumas de pichón en que la hallé dormida. Parece comprenderme y adivinar cuán cara me es. Dispensadme, Eduardo, me despido de vos: precísame ir á ver lo que hace mi amada prenda, mi "Haimatocara." Abro su retrete y la veo tendida en su lecho, jugando con las brillantes y suavísimas plumas. ¡Oh Haimatocara!

Conservaos bien, Eduardo.

Juan Menzies.

CARTA V.

Broughton al Gobernador de la Nueva Gales del Sur:

Hanarurú, Diciembre 20 de 1818.

El capitán Bligh habrá ya, sin duda, rendido cuenta á V. E. de nuestra feliz travesía y de la benévola acogida que Teimotú nos ha dispensado.

Encantado está dicho príncipe con los ricos presentes de V. E., y no cesa de repe-